

arma, señor gobernador! ¡arma, que han entrado infinitos enemigos en la insula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!" Con este ruido, furia y alboroto, llegaba donde Don Quixote estaba, alboroto y embelesado de lo que oía y veía; y cuando llegaron á él, uno le dijo: "Armedse luego vuestra señoría, si no quiere perderse, que toda esta noche se perderá." — "¿Por qué me tengo de armar," respondió Don Quixote, "si sé ya de experiencia que estas cosas, mejor será dejarlas pasar?" Don Quixote, que no se acordaba de lo que le había pasado, y cobro; que el gobernador fue á él, y le dijo: "Armedse luego vuestra señoría, que aquí le traemos una ofensiva y defensiva, y siga a esa plaza, y sea nuestra guía y nuestro capitán, pues de lo contrario, si no lo es, sea el serlo siendo nuestro gobernador." — Armenme, respondió Don Quixote, y ni momento le trujeron dos paveses, que venían por encima de la cabeza, y le pasaron encima de la cabeza, sin dejarle tomar otro vestido, y los paveses delante y otro detrás; y, por unas coravidales que traían hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordelos, de modo que quedó emparedado y establado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse ni solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiasen, y así caminó á todos; que, siendo él su norte, su lanterna y su tocero, tendrían los suyos los negocios. "¿Cómo tengo de caminar, ¡desventurado yo!" respondió Don Quixote, "si no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impide esta lanza que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es, quitarme esta lanza, y ponerme, atravesado ó en pie, en algún postigo, que yo le atraviese con esta lanza ó con mi cuerpo." — "Ande, señor gobernador," dijo otro, "que nos el miedo que los tablitos le impiden el paso, acabe y menese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga." Por cuyas persuasiones y vilujerios, pidió el pobre gobernador á moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galapago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artosas, ó bien así como barra que da al través en la arena; y, no por verle caído aquella gente bárbara, le hicieron compasión alguna; antes, apagando las antorchas, tomaron á rebotar las voces, y á rebotar el *parmal* con tan gran presa, presado por encima del pobre suceso, dándole infinitas cubilladas sobre los paveses, que, si él no se retiraba y se cubría metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, que en aquella estrechez recogido, sudaba y transaba, y de todo corazón se encomendaba á Dios que de aquel peligro lo sacase. Enos tropezaban en él, otros iban, y se puso encima un buen espacio, y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decía: "¡Aquí de los nuestros, que en esta parte cargan mas los enemigos! ¡el portillo se guarde, aquella parte se cierre, aquellas escalas se



tranquen, vengan alcancías, pez y resina en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones." En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí: "¡Oh, si mi señor fuese servido que se acabase ya de perder esta insula, y me viese yo, ó muerto ó fuera desta grande angustia!" Oyó el cielo su petición; y, cuando menos lo esperaba, oyó voces que decían: "¡Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida! ¡ea, señor gobernador! levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor dese invencible brazo.—Levántenme," dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar; y, puesto en pié, dijo: "El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua." Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba, á los de la burla, de habérsela hecho tan pesada; pero, el haber vuelto en sí Sancho, les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó, qué hora era; respondiéronle, que ya amanecía. Calló; y, sin decir otra cosa, comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestía. Vistióse, en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban; y, llegándose al rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y, no sin lágrimas en los ojos, le dijo: "Venid vos acá, ¡compañero mio y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias! cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichasas eran mis horas, mis dias y mis años; pero, despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos." Y, en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y, encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: "Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro